

HORAS DE DESPACHO
Redacción: De las once de la mañana á las seis de la tarde y de las diez de la noche á las cuatro de la madrugada.
Administración: Desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche.

La Almudaina

DIARIO DE LA MAÑANA — AVISOS Y NOTICIAS

PRECIOS DE ABONO	
España	1 25
Extranjero (Unión Postal)	1 50
Número suelto	5 cts.
Id. atrasado	10 »

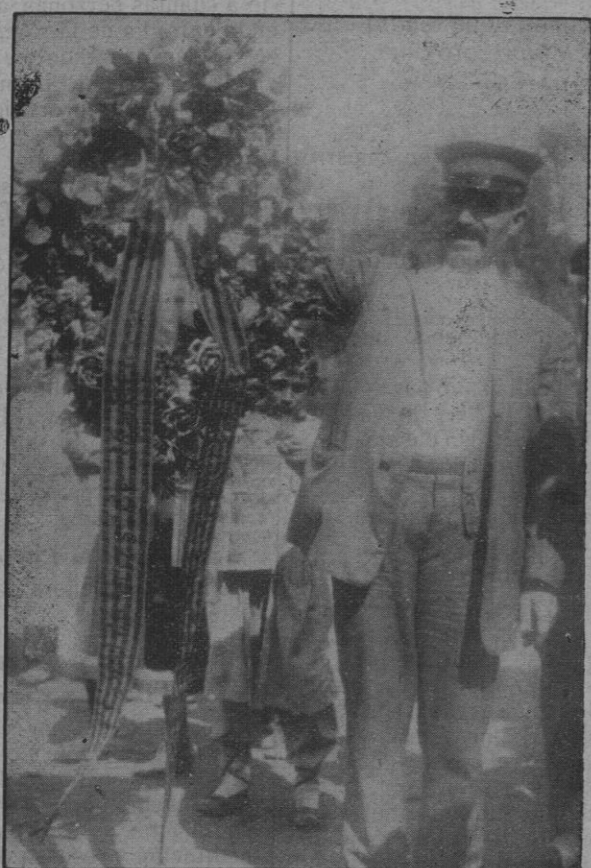
TELÉFONO N.º 27

OFICINAS: Conquistador, 30

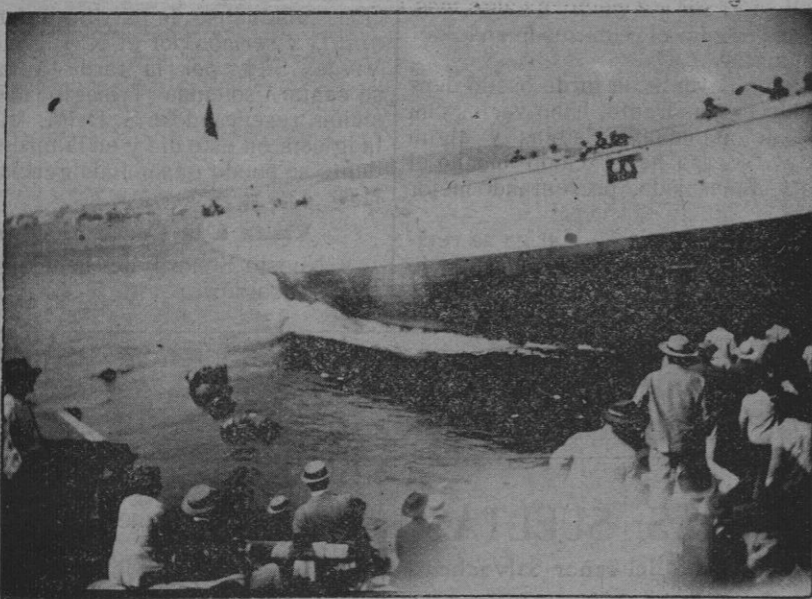
INFORMACIÓN GRÁFICA



Excursión de la Unión Protectora Mercantil.—Grupo de excursionistas en el Teiá.



Corona que los republicanos de Mallorca enviaron á Barcelona para la estatua del conceller en cap Rafael de Casanova.



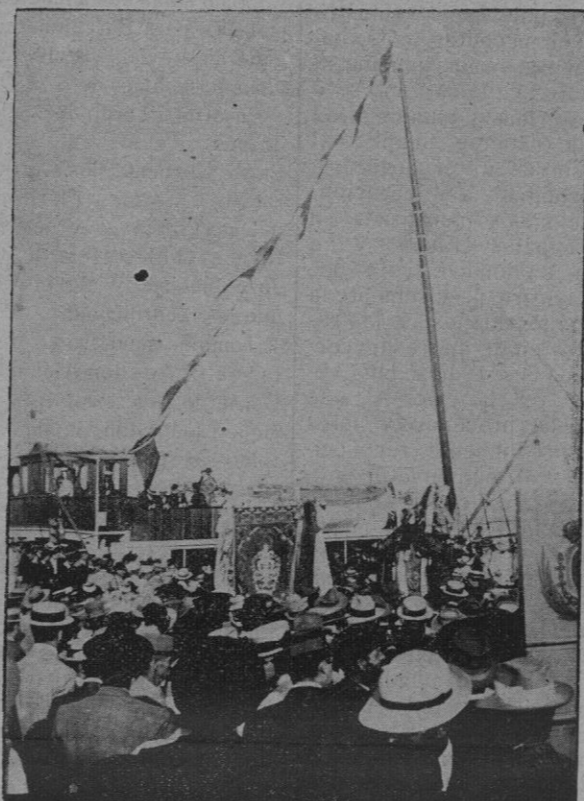
Botadura del «Ponceño».—Momento en que el «Ponceño» buque construido en los astilleros del Mollet, entraba en el agua.



Fiesta religiosa en Inca.—Capilla de la iglesia parroquial de Inca donde se venera la efigie del Santo Cristo, en honor del cual se celebran hoy solemnes fiestas.



Coros de Clavé en Palma.—El festival celebrado en la Plaza de Toros. Los coros catalanes junto con el Orfeón Republicano y de La Protectora cantando bajo la dirección del maestro catalán señor Planas.



Coros de Clavé en Palma.—Recibimiento tributado á los coristas catalanes al desembarcar del Lulio.

Modas

Sin bolsillos
Mis queridas amiguitas: ¡Qué exigencias! En verdad que son temibles las exigencias de la moda; pero no hay más remedio que seguirlas. En medio de todo satisfacen tanto! ¡Hacen tan agradable la vida!
Le Dernier Cri es un grito más sublime que ninguno. De primera intención parece un contrasentido, y si se mira bien, se vé que no hay nada de eso.
El adjunto figurín es uno de tantos; pero el mejor que me ha facilitado una inteligente modista de París antes de su regreso de la *saïson d'été* en la Costa Azul.
¿Qué tiene este figurín? Nada; casi nada. A primera vista nada tan sencillo y tan *callado* como este dibujo. Sin embargo, contiene, como en com-



pendio, todo el cánon de la futura moda de otoño.
Lo decretado por las grandes diosas que dirigen el vestido y embellecimiento de las mujeres, se reduce á muy pocas cosas.

Una falda lisa, de un color, con tres galoncitos sencillísimos alrededor del borde, y un abrigoito de hechura de sastré, sin adornos ni aplicaciones.

El prescindir de las aplicaciones es la regla más exigente que ha de cumplirse para ajustarse á las leyes de la elegancia, porque una aplicación, como se ha usado y abusado tanto de ellas, ha venido á ser, cuando se ofrece alguna, una especie de escusón ó remiendo.

¿Dónde está el grito? Pues el grito, la última palabra, está en que tanto en la falda como en el abrigoito no se debe poner ningún bolsillo. Nosotros no tenemos que llevar nada. Si es feo, si es impropio que una señorita lleve un paquete descomunal en las manos, no lo es menos que se lleve esos sacos cosidos á la ropa con objetos y cosas que la ofrezcan como una deformidad llena de fiemones.

El bolsillo ha sido una invención de la maldad de los hombres, testificada por los sastrés. Carlyle, el famoso humorista inglés, que reconoció este hecho antes que nadie, fué el primero en protestar de los bolsillos, y se hizo suprimir en los gabanes ese bolsillo superior que todavía llevan algunos hombres poco advertidos de la belleza y del buen gusto.

La nueva moda, es una obra de un hombre de genio; alegrémonos, pues, y sirva de respuesta á esos señores graves que no conciben (¡qué han de concebir!) la gravedad de la moda.

Los colores que han de emplearse para el vestido han de estar de acuerdo con la estación. El otoño es gris, azulado oscuro, verdoso negro, café



claro, de un coloracion de castaña ó de un color de caoba.

En el abrigo pueden ir á los lados del pecho dos cintas negras ó de color oscuro, que, pareciendo un adorno, serán los bolsillos del porvenir, dos parches, dos casilleros, libres para poner entre ellos un objeto en un momento determinado, como se guarda un hombre una mano entre la americana abrochada para calentarse ó para buscar un objeto en el chaleco sin desabrocharse.

El sombrero más á propósito es el que se dibuja aquí; grande, bien sujeto detrás; lleva una cinta que armonice con el traje y que caiga hasta el cuello como una pluma sólida.

Los relojes no se deben llevar pendientes, se deben llevar en la muñeca, donde tambien puede ir una pequeña escarcela, para unas notas, para unos billetes del tranvía y otras menudencias por el estilo.—*Débora*.

El arte en Viena

Un artista genial, Gustavo Gurschner, el rey de la medalla, como le llaman sus compatriotas vieneses, ha tenido ocasión de lucir sus soberanas dotes con motivo de haber sido encargado de decorar el monumento que ha de recordar la visita de Eduardo VII de Inglaterra al emperador Francisco José en Marienbad.



La idea de perpetuar esta entrevista, que se ha celebrado ahora, surgió hace dos años, y desde entonces se ha trabajado por los hermanos Gurschner, Gustavo y Enrique, en el monumento. La parte arquitectónica es sencilla y no pasa de ser un monumento como tantos otros que adornan la capital austriaca. Lo verdaderamente notable son los dos medallones que retratan los rasgos del rey y del emperador. Están muy bien hechos y son un prodigio de ejecución.

Gustavo Gurschner ha luchado con un grave inconveniente para la realización de su obra. De Francisco José ha dispuesto de retratos y de la misma visión directa del modelo, pero del rey Eduardo no podía encontrar en las fotografías todo lo que necesitaba el artista para la ejecución de

de su obra, que no iba á ser, ni es, una de esas pipas de espuma que se hacen con el retrato de un autor por medio de una fotografia remitida por correo.

La tesorería de Tánger



Eduardo Grieg

Grieg se había inspirado principalmente en las leyendas de su patria y en los aires nacionales de su pueblo para escribir esas páginas inmortales y maravillosas que han llevado el nombre de Noruega á todos los ámbitos del mundo.

Los escritos inéditos que conservaba en su despacho se han buscado inútilmente por sus herederos y amigos. El ilustre maestro muy escrupuloso en eso de entregar al público sus



obras, parece que no satisfecho de sus últimos apuntes los ha destruido, tanto en acceso de critica como de dolor y de misantropía.

Esta edición ha sido confeccionada antes de las doce de la noche del sábado.

La americanita

Cuento

—Sí—dijo Paul Truchard—me casé con una americana. Esto ocurría hace quince años. Estaba solo veradeando en «X Sur mer», un sitio normando, fresco y delicioso.

Una tarde de Agosto, entre seis y siete, el humo de un vapor apareció á lo lejos y vimos de pronto el esplendor del sol poniente llegar un yate gracioso, esbelto que arrojó el ancla cerca de nosotros y envió á la plaza uno de sus botes. En éste iba un viejo, una señora madura, y una joven muy bonita.

—Perdón. ¿Sabeis el camino del hotel?

—El Hotel Beau Rivage?

—Sí, ese mismo.

—Era á mí á quien la joven acababa de dirigirse. Al responderla la miré. Era rubia, sin exceso, con unos ojos que animaban el corazón; movía la cabeza, puerilmente, como esos girasoles ligeros que oscilan con el viento. Cuando se alejó respiré largo tiempo con ansia el delicado perfume que había dejado al retirarse.

La gerente del hotel de Beau-Rivage era una mujer amable y locuaz.

Aprendí bien pronto por ella que los Foggs, estos nuevos huéspedes, eran de América, que habían realizado una gran fortuna.

El yate no era más que una parte de ella. Inmóvil y coquetón ofrecía al viento del Norte, que lo batía, sus flámulas verdes y rojas, parecidas á aves de los trópicos y deslertaba en el corazón del burgués un remolino de sentimientos variados y confusos.

A la mañana siguiente después de comer, los americanos descendieron al Casino «Joyita». Ana Foggs sonreía dulcemente; el white-rosa que la perfumaba mató los demás perfumes esparcidos en los finos pañuelos de sus acompañantes. A su entrada hubo un momento de gran expectación, los cuadros de baile, como por ensalmo se deshicieron y desbandaron.

Yo invité á la americana.

—Con mucho gusto—dijo ella simplemente—y entró en el conjunto de la gente animada y bulliciosa que allí había.

Danzaba con una voluptuosidad elegante que lucía bien.
—Tres veces por semana el pequeño casino ofrecía á los bañistas una reunión semejante. Los Foggs, no pensaban en partir. Dóciles á los deseos de su hija, á la cual adoraban, consintieron después medio día en dar un paseo bajo los

